

blantes mutilados si habian gozado de paz ó si se habian hallado en guerra, si eran hijos del favor ó de la persecucion, si el espíritu popular, el espíritu político, el espíritu racionalista habian sido sus servidores, y lo que valen esos sistemas inventados despues del suceso, en los que se explica la vida del paciente por la buena voluntad del verdugo que ha hecho todo lo posible por matarlo. Juliano, á lo menos, ha dicho la verdad: "Galileo tú has vencido."

Aquí volvemos á encontrar en la formacion del dogma cristianismo, no el principio de fusion, sino el principio de contradiccion. Jesucristo ha contradicho á todos los espíritus como habia contradicho á todas las doctrinas; ha vencido á todos los espíritus y á todas las doctrinas: esta es la verdad.

Pero no bastaba á Jesucristo el fundar una doctrina y obtener la fé; no le bastaba fundar una doctrina que contradecia todas las doctrinas, ni un espíritu de fé que contradecia todos los espíritus. Necesitaba ademas fundar la Iglesia, es decir una sociedad de hombres que vive con esa doctrina y con esa fé. Aquí el racionalismo, para explicar el éxito, invoca el estado general de las naciones. Manifiesta que en tiempo de Augusto atormentaban á los pueblos dos necesidades, á saber: la de eximirse de las cargas que pesaban sobre ellos, y la de la unidad. Los pueblos habian sufrido uno despues de otro el yugo de los Romanos, y despojados de su independencia, victimas de la rapacidad creciente de los proconsules, espianaban con el mayor cuidado el progreso de la corrupcion romana, aguardando como todos los esclavos la hora de debilidad que sobreviene infaliblemente despues de una prosperidad sin límites y sin contrapeso. Ella venia á grandes pasos. Jesucristo, por su parte, se presentaba á la misma hora, á la hora precisa. Y que era lo que traia? Elevacion á los desvalidos, en la idea de un origen comun y de una santa fraternidad; fuerza á los débiles, á las mugeres, á los niños, en la idea de un derecho doméstico nuevo; socorro á los pueblos oprimidos, en la idea de una república univer-

sal fundada por Dios mismo y gobernada por él. Que cosas seductora, ni mas segura de producir su efecto? Cuando pues apareció Jesucristo, y cuando del fondo de la Judea, el aire mismo llevó hasta las estremidades del mundo su palabra libertadora, con que santa esperanza no debió conmoverse el género humano, levantarse y contemplar á su bienhechor? Que tiene de admirable el que mugeres, muchachos, operarios, esclavos, pobres, gentes despreciables de todo genero y de todo pais le hicieran la corte, echando sus vestidos bajo de sus pies, agitando ramos al verlo pasar, no solo una vez, cuando hacia su entrada en Jerusalem en vísperas de su muerte, sino aun despues de su muerte misma, no queriendo que estubiese muerto, y gritando tanto á sus discípulos como á él: *Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor!* (1) Este hosanna era el grito de restauracion, la respuesta que se daba al que habia escuchado los gemidos de la humanidad, y de cualquiera parte que viniera, cualquiera que fuese el nombre que tomara, cualesquiera que fuesen su linage y sus designios, hombre ó Dios, no podia dejar de ser aceptado tal como se anunciaba. Que importa al prisionero que se liberta, saber de donde le viene la libertad? Al desgraciado, al oprimido, que le importa saber quien es su salvador?

Qui sauve son pays est inspiré des cieux!

Convengo, Señores, en que estas ideas son seductoras, pues es muy natural que nos inclinemos á creer, que cuando los pueblos son esclavos y están corrompidos, aspiran á su emancipacion. Mas la historia falla de otra manera que el corazon del hombre. Ella nos enseña, que las naciones que han caido en la esclavitud no desean la libertad. Como el apóstata de la verdad maldice la verdad, lo mismo hace el apóstata de la libertad: el pueblo que la ha perdido por su culpa,

(1) San Mateo, cap. 21, ver. 9.

(y siempre la pierde por su culpa) tomando un corazón de esclavo, no aspira á recobrarla. Sufre y se envilece; mas para sentir su desgracia y reconquistar el bien que ha perdido, necesitaria el corazón de los hombres libres, y esto es precisamente lo que le hace falta. Ama los beneficios de la servidumbre y teme los gravámenes de la libertad, sobre todo, teme las molestias de la que ya no posee y que se compra tan caro. Sería necesario despreciar hasta la vida misma y estar preparado á sacrificarla, con tal que de la muerte resultara alguna lección útil, y que el último aliento auxiliase, aunque fuera de lejos, la causa popular. El pueblo esclavo no conoce ese heroísmo y acaso lo desprecia. Vosotros, Señores, teneis pruebas de esto, aun fuera de la historia, y sin necesidad de fijar vuestra vista sobre el continente europeo, bastará que os trasladéis con la imaginación á las costas de Africa y contempléis allí la suerte de los negros. Enviais escuadras para proteger su libertad contra la conjuración de los negociantes; haceis bien, sin duda, este es un deber y un honor ciertamente. Pero teneis por ventura el candor de creer que lograréis impedir el tráfico? En cualquier parte que el hombre quiere venderse encuentra compradores: en cualquier parte donde se encuentran corazones de esclavos, ellos mismos forman amos, si no es que están formados ya. Mientras el negro venda la carne de su compatriota, no lo libentarán todas las escuadras del mundo civilizado, de las consecuencias de esa atroz baja de alma, y lo mismo sucede, mas ó menos, con todos los pueblos ajados por la servidumbre y por la corrupción. No buscan ya la independencia, sino el precio de su alma y de su cuerpo, considerándose bastante recompensados de la abyección de la esclavitud con la abyección del vicio. Tal era el estado del mundo romano. Jesucristo, es verdad, le traía la libertad, pero con la virtud y por la virtud. El ajuste era demasiado pesado para él y no lo aceptó. Aun despues de fundada la Iglesia, el imperio continuó en la decadencia; pasó de Diocleciano á los eunucos de Constantinopla,

y cuando el Occidente, renovado por los Bárbaros quiso auxiliarlo en el fondo del Oriente, cuando armó en su favor á todos sus caballeros, el desgraciado no tendió á la mano latina mas que una mano incapaz de sinceridad. Rechazó por la traición la sangre que se le consagraba, por temor de ver demasiado cerca de sí, hombres que sabian portar la espada y sacrificarse.

Jesucristo fundó una Iglesia, mas no se ocupó en regenerar el imperio. Formó almas libres formando almas santas que atraía á sí del centro de la corrupción general; pero los pueblos no respondieron á su llamamiento considerados como pueblos, á fin de que fuese manifiesto, que su obra no era resultado de circunstancias políticas al que, el curso de las cosas habia llevado al género humano. Tuvo en su contra la pasión de la esclavitud, en lugar de tener en su favor la necesidad de las franquicias populares. Y tal es aun la situación de su Iglesia en este mundo. Aunque favorable á todos los derechos legítimos que componen juntos el honor y la libertad de las naciones, exita incesantemente contra sí, bajo el nombre mismo de libertad, los instintos de la servidumbre. Se le exige el desenfreno y se le propone la opresión: este es el grito de la naturaleza en todos tiempos. Rehusando el uno y la otra, el día de hoy como lo hacia antiguamente, satisface sin duda las verdaderas necesidades del hombre; mas las satisface á manera de Dios, por una fuerza que inspira respeto, y por un beneficio cuya gloria solo el bienhechor puede reclamar.

Lo mismo puede decirse de la unidad. No negaré que el imperio romano haya infundido en los entendimientos, por consecuencia de una administración común á una multitud de pueblos diversos, la idea de una vasta organización social. Mas esta idea, en el grado en que existia, no salia del círculo muy estrecho de una dominación puramente política. Ni siquiera se vislumbraba en el fondo de esa unidad, la idea de que el género humano fuese un solo ser ó un solo cuerpo. Se entendia por unidad que una sola nación fuera la domina-

dora de las otras, que un César fuera el César de todo el mundo; pero no se tenía ni aun el presentimiento mas confuso de la unidad espiritual de las almas por la fé, la esperanza y la caridad, bajo la autoridad de un solo gefe visible, representante y vicario de Dios. Luego que la Iglesia universal dió un paso en el mundo y reveló de esta suerte el secreto de su destino, dió motivo á un temor inmenso, cuya reaccion sufre todavia en la actualidad. La pasion de la nacionalidad es ahora tan impetuosa contra la Iglesia como lo era hace diez y ocho siglos, y aun los que aspiran á la unidad social del género humano, no pueden soportar la idea de la república cristiana, sino como un ejemplo ó una imagen de que se sirven para representar su propia concepcion. Que filósofo ó que hombre de Estado piensa en la unidad en el sentido cristiano, sino es para temerla ó aborrecerla? Ya lo veis, Señores, nos encontramos siempre, por el examen de los hechos asi antiguos como contemporáneos, con la misma conclusion, á saber: que el principio del éxito de Jesucristo, ya sea que se trate de la formacion de su doctrina, ya de la propagacion de su fé ó del establecimiento de su Iglesia, no ha sido un principio de fusion, sino un principio de contradiccion. Asi como habia contradicho á todas las doctrinas por medio de la suya, á todos los espíritus por medio de su espíritu, ha contradicho por su Iglesia á todas las naciones, es decir que ha atacado y ataca todavia en la perpetuidad de su obra, á todas las fuerzas conjuradas del género humano.

Vamos mas lejos, Señores, y busquemos la causa suprema de esta contradiccion. Examinemos porqué Jesucristo contradice todo y es contradicho en todo y por todos, demasiado frecuentemente aun por los que tienen su fé, que pertenecen á su Iglesia, que comen su carne y beben su sangre. La causa de esto no está en la region del entendimiento; el racionalismo se engaña buscando allí la explicacion del misterio cristiano. Jesucristo va mas lejos que la inteligencia; va hasta el alma

que es el centro de todo, para exigirle el sacrificio de sus mas queridas inclinaciones, para convertirla del mal al bien, del orgullo á la humildad, de la concupiscencia á la castidad, de los goces á la mortificacion, del egoismo á la caridad, de la corrupcion á la santidad. Y el hombre opone á esta empresa una resistencia desesperada; arma contra Jesucristo á su razon, á su corazon, al mundo, al género humano, al cielo y la tierra, y aun vencido por el sentimiento de su miseria y por la dulzura experimentada del yugo del Evangelio, no deja de sentir en su interior hasta el último momento una posibilidad y un deseo de rebelarse. Aquí está todo el secreto. Y si quereis comprender la dificultad del triunfo de Jesucristo, no os propondré que hagais la conversion del mundo, sino la de un solo hombre. A vosotros, príncipes y naciones, á vosotros que gobernais por la inteligencia, la riqueza ó el poder, os pido que hagais un hombre humilde y casto, un penitente, un alma que juzgue á su orgullo y á sus sentidos, que se desprecie, que se aborrezca, se combata, y que, ya sea como prueba, ya como medio de su conversion, confiese á vuestros piés los errores de su vida. No os pido mas que esto. Lo conseguireis? Lo habeis hecho jamas? Ah! que un monarca rodeado del brillo de la majestad y del trono os llame á su gabinete, y os estreche á que confeseis á sus piés vuestras faltas; le direis: Señor mas bien querria confesarle con el zapatero que me calza. Que el filósofo mas célebre de su siglo emplee toda su elocuencia en persuadiros que os arrodilleis ante él, y seais su penitente, no os tomareis ni aun el trabajo de voltearos para reirse en su cara de semejante propuesta. Perdonadme, Señores, estas espresiones, en otra ocasion serian inoportunas, aquí son adecuadas y graves. Y no obstante, lo que los reyes, los filósofos y las naciones no podrian obtener, lo ejecuta todos los dias un pobre sacerdote, un hombre desconocido, el mas oscuro de los hombres, á nombre de Jesucristo. Ve almas conmovidas por su miseria venirlo á buscar, á él que no las conoce, y confesarle ingenuamente las

vergüenzas de sus pasiones. Esta es la puerta por donde se entra en el reino de Jesucristo, el único medio de permanecer en él, y aun es la puerta por donde entra la Iglesia misma; porque la Iglesia no es otra cosa mas que el mundo penitente, y esta sola palabra os descubre todo el milagro de su fundacion y de su perpetuidad, asi como os esplica la fuerza de contradiccion activa y pasiva que hay en Jesucristo. Jesucristo contradice todas las doctrinas, porque su doctrina es santa y el mundo es corrompido; contradice todos los espíritus, porque su espíritu es santo y el mundo es corrompido; contradice todas las naciones, porque su Iglesia es santa y el mundo es corrompido, y por la misma razon el mundo contradice las doctrinas, el espíritu y la Iglesia de Jesucristo.

Con alguna apariencia de justicia, pues, y en cierto sentido, fueron convencidos los cristianos, segun la relacion da Tácito, de odio contra el género humano, en el primer proceso que se intentó contra ellos por orden de Neron. Aborrecian, en efecto, todo lo que el mundo estima; hacian la guerra á todos los designios y á todas las afecciones mundanas para arruinarlas enteramente, y aunque lo hacian por amor de la humanidad, el mundo no los comprendia, ni les agradecia estos beneficios. La caridad misma, (tan nueva era en el mundo) era revestida de un colorido hostil, y la muerte de Jesucristo sobre la cruz, esa obra clasica de amor, parecia un insulto mas bien que un sacrificio. Todo era contradiccion, porque todo era Dios; y á fin de probar que efectivamente nada era del hombre, se debia para siempre reconocer á Jesucristo por ese signo, segun lo que de él mismo se habia dicho cuando fué su primera aparicion entre los hombres: *Está puesto por señal de contradiccion.* (1) Y él mismo recordando á los profetas, habia dicho á sus enemigos: *¿Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los que fabricaban, esta ha llegado á ser la principal del ángulo? Por el Señor fué es-*

(1) S. Lucas, Cap. 2. verso 44.

to hecho, y es cosa maravillosa á nuestros ojos. (2) La profecía se realiza aun todos los dias; los príncipes, las naciones, los sabios, los literatos, los inteligentes, los arquitectos, en fin, rechazan la piedra; la califican de incómoda ó gastada por el tiempo; no la quieren ya; y con todo ella es todavia *la piedra del ángulo y la maravilla está á nuestros ojos.* Ella sostiene todo, aunque todo la repela; tiene el doble caracter de la necesidad y de la imposibilidad. Ved, Señores, una lucha entre dos voluntades que no son iguales, la voluntad del hombre que se subleva, y la voluntad de Dios que se hace obedecer del hombre, en el hombre y á pesar del hombre. Y vosotros cristianos, hijos de esa obra en la que os ha dado Dios un puesto tan feliz, comprended la necesidad en que estáis de sufrir siempre, de no triunfar por la victoria, por temor de que se crea que Jesucristo debe alguna cosa al hombre, sino de triunfar sobre la cruz, á fin de que vuestra victoria sea la de Dios, y que podáis repetir hoy, mañana y siempre, la palabra que es el signo mas eminente de la divinidad de Jesucristo, despues de otras muchas señales que habeis visto: *La piedra que los arquitectos han rechazado, ha llegado á ser la piedra del ángulo; el Señor ha hecho esto, y la maravilla está á vuestros ojos.*

(2) S. Mateo, Cap. 21, verso 42.



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

INDICE.

Biografía del R. P. Lacordaire.....	3
Conferencia trigésima séptima.—De la vida interior de Jesucristo.....	9
Conferencia trigésima octava.—Del poder público de Jesucristo.....	34
Conferencia trigésima nona.—Del establecimiento del reinado de Jesucristo.....	53
Conferencia cuadragésima.—De la perpetuidad y del progreso del reinado de Jesucristo.....	75
Conferencia cuadragésima primera.—De la preexis- tencia de Jesucristo.....	96
Conferencia cuadragésima segunda.—De los esfuer- zos del racionalismo para aniquilar la vida de Je- sucristo.....	120
Conferencia cuadragésima tercera.—De los esfuerzos del racionalismo para desnaturalizar la vida de Je- sucristo.....	144
Conferencia cuadragésima cuarta.—De los esfuerzos del racionalismo para explicar la vida de Jesucristo...	167



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

CAPILLA AAFONSO...
1874



